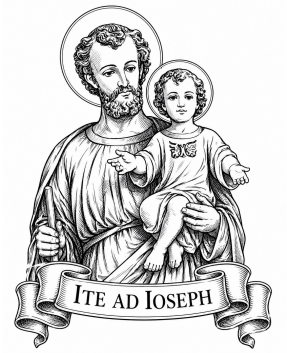
Al Amparo de San José



№ 008 Junio de 2026

1. Doctrina

El pecado como alejamiento de Dios y la conversión como retorno al Padre

El hombre fue creado para Dios: para conocerlo, amarlo, servirlo y alcanzar en Él su bienaventuranza eterna. Por eso, cuando el alma se aparta de Dios por el pecado, no comete solamente una falta exterior: se aleja de su verdadero fin, pierde el orden interior y queda herida en lo más profundo.

Santo Tomás enseña que el pecado consiste en apartarse del fin último y volverse desordenadamente hacia un bien creado. El pecador busca algún bien, pero lo busca fuera del orden querido por Dios. Por eso el pecado promete descanso y deja inquietud; promete libertad y produce esclavitud; promete alegría y termina dejando vacío.

Sin embargo, Dios no abandona al alma caída. Aborrece el pecado, porque ofende su santidad y destruye el orden de la justicia; pero ama al alma que creó, y por eso la llama al arrepentimiento. La gracia despierta la conciencia, mueve al dolor, sostiene el propósito y conduce al sacramento de la confesión.

Convertirse no es solamente corregir una conducta exterior. Es volver a Dios. Es reconocer humildemente: “Me alejé de Aquel para quien fui creado”. Esta verdad, cuando viene de Dios, no aplasta: ilumina, purifica y levanta.

De aquí nace una enseñanza muy práctica. Nadie debe acostumbrarse al pecado, aunque parezca pequeño. Y nadie debe desesperar después de haber caído, aunque la caída haya sido grave. El demonio primero empuja al alma a pecar; después la empuja a desesperar. Dios, en cambio, llama antes del pecado para evitarlo, y llama después de la caída para perdonar. El cristiano debe escuchar esa voz y volver sin tardanza.

2. Liturgia

III Domingo después de Pentecostés: la oveja perdida y la dracma hallada

La liturgia del III Domingo después de Pentecostés pone ante nuestros ojos una de las imágenes más consoladoras del Evangelio: el pastor que deja las noventa y nueve ovejas y va en busca de la que se perdió. Cuando la encuentra, no la golpea ni la abandona a medio camino: la pone sobre sus hombros y vuelve gozoso a su casa.

Nuestro Señor pronuncia esta parábola porque los fariseos murmuraban: "Éste recibe a los pecadores y come con ellos". No comprendían el Corazón del Redentor. Cristo no se acerca al pecador para aprobar su pecado, sino para arrancarlo de él. No recibe a los publicanos para confirmarlos en su vida desordenada, sino para llamarlos a una vida nueva.

También la Epístola del día nos invita a unir confianza y vigilancia. San Pedro exhorta a humillarnos bajo la poderosa mano de Dios y a descargar en Él nuestras preocupaciones, porque Él cuida de nosotros. Luego advierte que el demonio ronda como león rugiente buscando a quien devorar. Quien confía sin vigilar se vuelve imprudente; quien vigila sin confiar se vuelve temeroso.

Esta Misa es, por tanto, una llamada a dejarnos encontrar. Cada alma tiene zonas donde puede extraviarse: una pasión no vencida, una tibieza aceptada, una dureza mantenida, una tristeza que la encierra en sí misma. Cristo pasa de nuevo. El Buen Pastor no se cansa de buscar. Pero la oveja perdida debe dejarse cargar, es decir, debe aceptar humildemente la gracia que la devuelve al redil.

3. Familia

El hogar cristiano como lugar donde se aprende a volver

En toda familia hay fragilidades: cansancios, palabras mal dichas, silencios que hieren, faltas de paciencia, ingratitudes y pequeñas injusticias cotidianas. Pretender un hogar sin ninguna miseria sería desconocer la condición humana. Pero una familia cristiana no se distingue porque sus miembros nunca caen, sino porque aprenden a levantarse bajo la mirada de Dios.

Por eso el hogar debe ser un lugar donde se enseñe la verdad, pero también donde se pueda volver. La corrección es necesaria; sin ella, el amor se vuelve flojo y permite el mal. Pero la corrección cristiana debe nacer de la caridad, no del orgullo herido ni del deseo de imponerse. Corregir bien es ayudar al otro a recuperar el camino, no aplastarlo bajo el peso de su falta.

Los padres tienen aquí una misión delicada. Si nunca corrigen, dejan a los hijos sin rumbo. Si corrigen sin misericordia, pueden cerrarles el corazón. Los hijos deben comprender que el pecado está mal, que la mentira destruye la confianza y que la desobediencia hiere el orden de la casa; pero también deben saber que sus padres quieren su bien y no los dan por perdidos cuando caen.

Lo mismo vale entre los esposos, entre hermanos y entre todos los miembros del hogar. Muchas veces la paz familiar no se pierde por grandes tragedias, sino por no saber pedir perdón ni concederlo. El hogar cristiano debe enseñar esas palabras sencillas y difíciles: "perdoname", "me equivoqué", "volvamos a empezar". La familia que aprende a volver prepara a sus miembros para comprender mejor la misericordia de Dios.

4. Sociedad

La soledad en una época hiperconectada

Una de las paradojas de nuestro tiempo es que el hombre puede estar comunicado con muchos y, sin embargo, sentirse profundamente solo. Nunca fue tan fácil enviar mensajes, recibir noticias y multiplicar contactos. Pero la abundancia de comunicación exterior no siempre produce verdadera comunión interior.

La persona humana no fue hecha para vivir encerrada en sí misma. Por naturaleza necesita familia, amistad, comunidad, patria y, sobre todo, unión con Dios. Pero no cualquier vínculo alimenta el alma. Hay contactos que distraen sin acompañar, conversaciones que entretienen sin comprometer, presencias aparentes que dejan el corazón igual o más vacío que antes.

La soledad moderna no siempre consiste en no tener gente alrededor. A veces consiste en no ser verdaderamente escuchado, no ser conocido con profundidad, no encontrar a

alguien ante quien poder mostrarse con sencillez. También puede nacer de una vida demasiado acelerada, donde nadie tiene tiempo para detenerse ante el dolor ajeno.

La caridad cristiana tiene aquí una misión concreta. Cada cristiano puede combatir esa frialdad con gestos pequeños y reales: visitar a quien está solo, escuchar sin apuro, escribir a quien se alejó, invitar a una conversación sana, acercarse al enfermo, sostener al anciano, integrar al que queda al margen. La caridad no siempre necesita grandes recursos; muchas veces necesita presencia.

Pero la primera soledad que debe curarse es la del alma separada de Dios. Cuando Dios falta, aun las compañías humanas terminan siendo insuficientes. En cambio, quien vive en gracia nunca está completamente solo, aunque padezca abandonos exteriores. Cristo conoce al alma por su nombre, la busca cuando se pierde y la sostiene cuando nadie más la ve.

5. Anécdota histórica

Santa Mónica y las lágrimas que alcanzaron una conversión

Santa Mónica sufrió durante muchos años por la vida desordenada de su hijo Agustín. Lo veía alejado de la fe, arrastrado por errores doctrinales y por pasiones que lo apartaban de Dios. Como madre cristiana, no podía mirar esa situación con indiferencia. Pero tampoco podía convertirlo por la fuerza. Hizo entonces lo que puede hacer un alma creyente: rezó, lloró, esperó y perseveró.

San Agustín cuenta en sus *Confesiones* que su madre derramaba abundantes lágrimas por él. En cierta ocasión, un obispo, viendo su dolor y su constancia, le dijo una frase que se hizo célebre: "No puede perderse el hijo de tantas lágrimas". No era una promesa mágica, sino una expresión de confianza en la fuerza de la oración humilde y perseverante.

Durante mucho tiempo pareció que nada cambiaba. Agustín seguía su camino. Pero Dios trabajaba en lo secreto, conduciéndolo por desengaños, encuentros, lecturas y luchas interiores hasta llevarlo finalmente a la conversión. Aquel hijo por quien Santa Mónica tanto lloró llegó a ser uno de los más grandes doctores de la Iglesia.

Esta historia nos enseña a no dar fácilmente a nadie por perdido. Hay almas que parecen lejos, pero Dios puede alcanzarlas. Hay conversiones que maduran lentamente, regadas por lágrimas que sólo Dios ve. Santa Mónica enseña a los padres, a los sacerdotes y a todos los cristianos que la caridad verdadera no abandona al pecador: lo encomienda, lo espera y lo sigue amando en Dios.